

triste que se cambió entre el criado y el ama, cuando él mismo palideció y sintió helársele la sangre en sus venas.

La mujer tenía apenas veinticuatro años. Aquella joven bajó entonces la escalera seguida de su criado.

— ¡ Ah ! — murmuró Chicot pasando la mano por su frente para limpiarse el sudor y como si al mismo tiempo hubiese querido echar de sí una visión terrible. — ¡ Ah ! conde del Bouchage, bizarro, hermano joven, amante insensato, que hablas ahora de ponerte alegre, parlero y jovial, pasa tu divisa á tu hermano, porque jamás volverás á decir: *hilariter* !

Luego descendió á su vez á su cuarto, con la frente sombría, como si hubiese descendido á algún pasado terrible, á un abismo sangriento, y se sentó en la sombra, subyugado, el último, pero quizá el más completamente, por la increíble influencia de melancolía que despedía sus rayos del centro de aquella casa.

XVIII.

El bolsillo de Chicot.

Chicot pasó toda la noche soñando sobre su sillón; decimos soñando, porque lo que le ocupé fueron menos pensamientos que sueños.

Volver al pasado, ver iluminarse á la luz de una sola mirada una época casi borrada ya de la memoria, no es pensar. Chicot habitó durante la noche todo un mundo que hacía tiempo había abandonado, y poblado de sombras ilustres ó graciosas que la mirada de la mujer pálida, semejante

á una lámpara fiel, le mostraba desfilando una á una á su vista con todo su acompañamiento de recuerdos gratos y terribles.

Chicot, que tanto echaba de menos su sueño al volver del Louvre, no se acordó de acostarse. Así, cuando la primera luz del día penetró por los vidrios de su ventana, dijo :

— Ya ha pasado la hora de los muertos; se trata de pensar un poco en los vivos.

Se levantó, ciñóse su larga espada, echó sobre sus hombros un sobretodo de lana de un tejido impenetrable á las más fuertes lluvias, y con la estoica firmeza del sabio, examinó de una ojeada el fondo de su bolsillo y las suelas de sus zapatos.

Éstos parecieron á Chicot muy dignos de entrar en campaña; el otro merecía particular atención.

Aquí haremos una pausa en nuestro relato con el objeto de describir aquel bolsillo á nuestros lectores.

Chicot, hombre de imaginación ingeniosa, había abierto un agujero en la viga maestra que atravesaba la casa, la cual contribuía al adorno, pues estaba pintada de diversos colores, y á la solidez, pues por la parte más corta tenía diez y ocho

pulgadas de diámetro. En aquella viga, por medio de una cavidad, de pie y medio de larga y de seis pulgadas de ancho, hizo un cofre que contenía mil escudos de oro.

Hé aquí el cálculo formado por Chicot :

— Gasto todos los días, — decía, — la vigésima parte de un escudo; por consiguiente tengo para vivir veinte mil días : estoy seguro de que no viviré tanto, pero puedo vivir la mitad, y además, á medida que vaya envejeciendo, se aumentarán mis necesidades y por consiguiente mis gastos, porque es preciso que mi bienestar progrese en proporción que se disminuya la vida. De todo esto deduzco, que podré vivir veinte y cinco ó treinta años; vamos, gracias á Dios, esto es muy suficiente.

Chicot se encontraba, gracias al cálculo que acabamos de hacer, con que era uno de los más ricos rentistas de la ciudad de París y que la tranquilidad de su porvenir le inspiraba cierto orgullo.

No era Chicot avaro; al contrario, había sido pródigo mucho tiempo, pero inspirábale horror la miseria, porque sabía que ésta cae como una capa

de plomo sobre los mortales y que agobia á los más fuertes.

Aquel día, al abrir su caja para arreglar sus cuentas consigo mismo, exclamó:

— ¡Cuerpo de Crispo! este siglo es muy egoísta, porque en él no hay un hombre generoso. No estoy obligado á tener con Enrique la menor consideración, porque estos mil escudos de oro no provienen de él, sino de un tío que me había ofrecido seis veces más. Verdad es que el tal tío se ha mantenido soltero. Si fuese de noche iría á sacar cien escudos del bolsillo del rey, pero es de día y no tengo más recursos que los míos y los de Gorenflot.

La idea de sacar dinero á este último, llenó de placer el corazón de su amigo.

— Sería de ver, — dijo, — que maese Gorenflot, que me debe su fortuna, se atreviese á rehusar cien escudos á su amigo para el servicio del rey que le ha nombrado prior de los Dominicos.

— ¡Ah! ya no es Gorenflot, — prosiguió diciendo; — pero Roberto Briquet es siempre Chicot. Sí; ¡pero esa carta del rey, esa famosa misiva destinada á producir un conflicto en la corte de Navarra... debía haber ido á buscarla antes de ama-

necer, y hé aquí que ya es día claro! ¡Bah! No será este mal expediente para que haga efecto en la mollera de Gorenflot si se resiste á la persuasión: marchemos, pues.

Chicot acomodó la tabla que ocultaba su tesoro, la aseguró con cuatro clavos, puso encima la baldosa, llenándola de tierra para disimular las juntas, y, dispuesto á salir, miró por última vez aquel aposento, en que después de haber pasado muchos días felices, era impenetrable y estaba guardado, como lo está el corazón en el pecho.

En seguida echó una ojeada á la casa de enfrente.

— En resumidas cuentas, — dijo, — estos demonios de Joyeuse son capaces de dar fuego á mi casa por hacer que salga á la ventana la dama invisible. ¡Ya, ya! y si queman mis cuatro paredes, se derretirán al mismo tiempo mis queridos mil escudos, por lo que creo obraría con más prudencia llevándome la suma. ¡Oh! oh! no; si los de Joyeuse se divierten en eso, el rey me indemnizará.

Asegurado por este raciocinio, cerró la puerta, de la que quitó la llave, y al dirigirse á la orilla del río no pudo menos de hacer una observación.

— Nicolás Poulain, — murmuró, — puede venir

hacia este lado y sospechar de mi ausencia... ¡Bah! ¡se me ocurren unas ideas tan extravagantes!... ¡Adelante, marchen!

Al cerrar Chicot la puerta de la casa con no menor cuidado que la de la escalera, divisó al criado de la dama desconocida tomando el fresco en la ventana, creyendo sin duda que nadie repararía en él siendo tan temprano.

Aquel hombre, como anteriormente hemos dicho, estaba completamente desfigurado por la cicatriz de una herida que había recibido en la sien izquierda, y que se extendía hasta la mejilla; separada además una de sus cejas por la violencia del golpe, ocultaba la mayor parte del ojo izquierdo que aparecía como escondido en su órbita.

¡Cosa extraña! Á pesar de aquella frente calva y de su barba cana, sus miradas eran vivas, y un tinte de juventud se esparcía en la misma mejilla que tan maltratada había sido.

Al reparar en Roberto Briquet, que traspasaba el umbral de su puerta, se cubrió la cabeza con la capucha.

Hizo al mismo tiempo un movimiento para reti-

rarse, pero Chicot con una señal le manifestó que se detuviese.

— Vecino, — le gritó, — el estrépito de la noche pasada me ha disgustado con mi vivienda, y voy á ausentarme por unas cuantas semanas. ¿Tendréis la bondad de echar de vez en cuando una ojeada hacia este lado?

— Sí, señor, con mucho gusto, — contestó el desconocido.

— Y si por casualidad veis ladrones...

— Tengo un buen arcabuz, caballero, podéis ir tranquilo.

— Gracias; todavía tengo otro favor que pedir.

— Hablad, que ya os escucho.

Chicot pareció medir con la vista la distancia que le separaba de su interlocutor.

— ¿Sabéis que estoy abusando de vuestra complacencia, — le dijo, — haciéndoos gritar desde la ventana?

— Pues bien, voy á bajar, — respondió el desconocido.

En efecto, Chicot le vió desaparecer, y como entretanto se había acercado á la casa, oyó resonar

sus pasos ; acto continuo se abrió la puerta, y se encontraron ambos frente á frente.

El criado estaba enteramente cubierto con el capuchón.

— Hace un frío insufrible hoy, — dijo, sin duda por disimular las precauciones que tomaba.

— Un vienteccillo glacial, vecino, — le respondió Chicot afectando no mirar al criado para inspirarle mayor confianza.

— Ya os escucho, caballero.

— Bien ; el asunto es que me marchó.

— Ya he tenido el honor de habérselo oído.

— Me acuerdo perfectamente, pero debo deciros que dejó dinero en mi casa.

— Tanto peor, tanto peor ; lleváoslo.

— No, porque el hombre es más pesado, y por lo mismo menos resuelto, cuando quiere salvar la bolsa al mismo tiempo que la vida. Dejo, pues, dinero en mi casa, aunque bien guardado ; tan bien, vecino, que sólo temo por él la casualidad de un incendio. Si éste llegase á suceder, velad, buen amigo, velad sobre la combustión de cierta viga gruesa, cuya punta veis allí, hacia la derecha, esculpida en forma de canalón : vigiladla, pues,

con cuidado, y en caso de desgracia buscad entre las cenizas.

— En verdad, caballero, replicó el desconocido, — que me ponéis en un aprieto, porque debierais hacer esa confianza á un amigo, y no á un hombre á quien no conocéis, á quien no podéis conocer.

Al pronunciar estas palabras, su mirada brillante y profunda examinaba la bondadosa catadura de Chicot.

— Cierto es, — contestó éste ; — no os conozco, pero entiendo algo de fisonomías, y la vuestra me parece la de un hombre honrado.

— Considerad sin embargo la responsabilidad que echáis sobre mis hombros. ¿ No puede suceder, por ejemplo, que la sereneta de anoche disguste á mi señora, como os ha disgustado á vos, y que también abandonemos el barrio ?

— En ese caso, — respondió Chicot, — no tendré que quejarme de vos, vecino.

— Os doy, las gracias por la confianza que dispensáis á un pobre desconocido, — añadió el criado inclinándose, — y procuraré merecerla.

Y saludando á Chicot volvió á entrar en su casa.

Chicot también le saludó afectuosamente, y viendo que cerraba la puerta, murmuró :

— ¡ Pobre joven ! héle ahí convertido en verdadera fantasma. Y con todo, ¡ le he conocido tan animado, tan alegre y tan encantador !

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

De los títulos contenidos en el tomo primero.

I. — La puerta de San Antonio	5
II. — Lo que pasaba en el exterior de la puerta de San Antonio.	25
III. — La revista	41
IV. — El palco de S. M. Enrique III en la plaza de Greve.	57
V. — El suplicio	79
VI. — Los dos Joyeuse	97
VII. — En que la espada del bizarro Caballero tuvo razón contra el Rosal de amor	195
VIII. — Silueta de Gascones	141
IX. — El señor de Loignac	159
X. — El hombre de las corazas	175
XI. — Aun la Liga	195

XII. — La Cámara de S. M. Enrique III, en el Louvre	207
XIII. — El dormitorio	229
XIV. — La sombra de Chicot	243
XV. — De la dificultad que tiene un rey en hallar buenos embajadores	275
XVI. — Cómo y por qué causa había muerto Chicot	299
XVII. — La serenata.	311
XVIII. — El bolsillo de Chicot.	329

